

Sombra de la muerte

Hugo Hiriart

Sedentes in tenebris et umbra mortis.

Psalmus 1, IV

En brevísimo vislumbre, Tablada vio pasar la sombra del infierno y conservó el destello en su *Diario* durante la Decena Trágica. El miércoles 19 de febrero de 1913, el poeta se atre vepor fin a salir de Coyoacán, donde está resguardado, y se acerca, en el pequeño Cadillac de su amigo, el doctor Aureliano Urrutia, que será ministro de Gobernación del usurpador Huerta, al centro de la ciudad, cuando:

Cerca de San Antonio Abad vemos unos cuartos ahumados que, según dicen, incendió una granada y más adelante unos caballos muertos rodeados de perros hosclos y erizados como lobos.

Nada más, pero con esta instantánea basta: la civilidad ha cedido y la selva ocupó la ciudad, los perros callejeros, habitualmente cobardes y humillados, se han transformado en hienas hirsutas.

Es sencillo: el infierno está en el brillo de la saña en los ojos de los perros vagabundos que están comiéndose los caballos muertos. “El dolor del infierno, recuerda san Juan de la Cruz, consiste en sentirse sin Dios”. Y eso, en parte sugiere el universo deshumanizado de la bestialización que captó Tablada.

Por otra parte, el joven novelista Federico Gamboa, regresa, a bordo del Congo, de Río de Janeiro, donde ha estado de vacaciones, a Buenos Aires, donde presta sus servicios en la embajada de México, y escribe en su *Diario*:

Mi última impresión del Brasil es desagradable, un infeliz, atacado de fiebre amarilla, que no admiten en nuestro vapor y regresa a tierra sin protestas, con la desgarradora pasividad que tal fiebre trae consigo; va rígido, dentro de un remolcador, sobre sus rodillas su hato; en una mano sus economías presas en sucio bolso pequeño; con la otra defendiendo su sombrero de la brisa cálida de este puerto horno..., y hay mucho de macabro en ese paseo veloz por la bahía congestionada de sol, de un hombre congestionado de muerte...

Dejemos al picaresco Tablada y al mojigato Gamboa y subamos a un clásico del claroscuro mortuorio: El tremendo capítulo con que cierra —qué acorde final—, *De las cosas de la naturaleza*, el poema epicúreo de Lucrecio, la dramática, precisa, médica y, diría, brutal, descripción de la peste que asoló el Ática al final de la segunda Guerra del Peloponeso, narrada por tanto también por Tucídides, donde Lucrecio va pormenorizando cómo avanza el morbo que ocupa poco a poco el cuerpo. La traducción que pongo no es la del incansable abate Marchena, en verso, que es neoclásica, sino la del imprevisible Agustín García Calvo, también en verso y más expresiva.

Y muchas más señas de muerte allí
[mostraban su sello,
Trastornando el juicio y razón de
[angustia y de miedo,
Agrias las cejas fruncidas, rabioso el
[rostro y acerbo,
Sin sosegar los oídos de son
[rezumbándo les llenos,
Rápido o bien desmedido y de tarde en
[tarde el resuello

Y en una brillante humedad el sudor
[empapándole el cuello,
Menudo el esputo y escaso, a azafrán
[en tinte semejo
Y apenas, salobre, arrancado con ronca
[tos del garguero,
Nariz en ollares plegados, la punta fina
[en extremo
Los ojos hundidos, las sienes cavadas;
[frío el pellejo
Y duro en la boca atroz, en la frente
[estirábase tenso;
Después, a encoger los tendones la mano,
[a temblar todo el cuerpo
A quien le hubo empezado y a
[desfallecerle los miembros
Y a ir poco a poco un frío de pies arriba
[subiendo,
Ya no dudaba que era llegado al fin su
[momento;
Y a poco tardar en rígida muerte yacía
[tieso.

No coleccioné lo anterior porque ande en estos días con ánimo tétrico o agobiado, no. La muy hermosa María Asúnsolo me refirió en una comida que en una ocasión le había preguntado a Villaurrutia si estaba enamorado, dado que el poeta había divulgado por entonces algún poema de amor, y él respondió al punto: “No, María, no, así no se escribe la poesía, al revés, precisamente porque no estoy enamorado escribí ese poema de amor”.

De la misma manera, por andar tranquilo y no sin entusiasmos más o menos motivados, me permití compilar estas sombrías escenas de última hora que aquí ofrezco a tu pesimismo. **U**